ra la mente más elevada, la revelacion más comprensible y perceptible del Infinito.

Del mismo modo, imitando á la naturaleza y bajo el imperio de la idea religiosa, ha sabido el génio artístico poner á todas las artes al servicio del templo que realiza esta idea. Diseña la arquitectura las líneas fundamentales, y como esta idea se reduce á una inmensa aspiracion hácia el mundo invisible, le imprime este sello, en cierto modo, con el carácter esencialmente *ascensional* de esos pilares, de esas bóvedas, de esas ogivas, y de esas flechas, que todas parecen lanzarse al cielo. La escultura á su vez, labra los costados del edificio para poner en ellos, con la inagotable fecundidad de sus inventos, toda una vegetacion de piedra, y un pueblo de estatuas. La pintura reproduce sobre las bóvedas, el azul del cielo tachonado de estrellas y despliega en los claros de las vidrieras toda la mágia de un colorido, hasta cierto punto trasfigurado, que parece una mezcla de fuego y de luz. El ritmo de las ceremonias del culto señala el paso de las artes plásticas á la música y á la poesía. Los sonidos del órgano resuenan bajo las bóvedas del edificio como voz propia del templo, y sus armonías repiten, en una lengua sublime, las más puras emociones del alma y de la oracion. El himno

BIBLIOTECA CENTRAL

sagrado nos revela las inspiraciones de una poesía que no pertenece á esta tierra, y de lo alto de la cátedra que se levanta en medio del templo, el orador sagrado hace oir los acentos de una elocuencia que no se cansa de anunciar á los hombres en el templo las lecciones de la eternidad.

Así se juntan y completan todas las artes. Un mismo soplo los penetra, una misma idea resplandece en cada una; y bajo las más diversas formas, sentimos que viven y respiran la misma fé, la misma adoracion, la misma esperanza, la misma oracion. Una lógica maravillosa encadena el plan con la idea, los detalles con el conjunto, un arte con otro arte, y en el edificio que ha levantado, no es ya un simple monumento del genio, sino el alma entera de un pueblo ó de una época, lo que tenemos ante la vista.

Se ha podido decirse con plena verdad, que el estilo es el hombre, que la literatura es un pueblo, con mucha mayor razon podemos afirmar, que en ciertos momentos, el arte, en su conjunto, es la espresion más completa de un período nacional, de una civilizacion, de una religion. Las vicisitudes del arte son la historia del espíritu humano. Han tenido la misma grandeza y la

admiracion de los siglos más grandes se ha complacido en considerarlos como el tipo y la regla de la Belleza misma en las artes.

Roma fué la heredera de la Grecia. Imitó los monumentos que le presentaba su ilustre víctima. Pero al imitarlos supo conservar su originalidad. Ahora bien, la patria, segun las palabras de Bossuet, era el fondo del Romano. Sabia que estaba llamada al imperio del mundo. Sabia que Roma habia de ser la ciudad eterna y el pueblo romano tenia la conciencia de ser el pueblo rey. De aquí ese sentimiento de fuerza, de magestad y de grandeza que brilla en toda la historia de ese pueblo. Al adoptar las formas del arte griego, supo, pues, modificarlas segun las inspiraciones de su génio. Añadió á la columna griega la bóveda ó medio punto romano. Y si los monumentos que elevó no tuvieron, en tan alto grado, la delicadeza armoniosa y la exquisita distincion del arte helénico, supo, en cambio, darles un carácter de dignidad, de grandeza, de duracion, en los que se encuentran, despues de tantos siglos de destruccion violenta y de silenciosos estragos, toda su alma, todo su genio.

El arte cristiano, ya lo hemos visto, creó la catedral gótica, obra profundamente original de una fé y de un mundo nuevos, expresion maravi-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

llosa de un espiritualismo y de una virtud, hasta entónces desconocidas y que nos presenta, sin duda alguna, la mas brillante confirmacion de la ley de que hablamos. Es el tiempo de la idea, es el simbolismo á la par mas poderoso y más delicado, mas espontáneo y más lógico de una religion, que al dar el más enérgico relieve á la personalidad divina y á la humana, sin confundirlas nunca, las une de la manera más íntima, procura, con esfuerzo constante, elevar á la naturaleza hasta el hombre y al hombre hasta Dios, del mismo modo, que para levantarlo, habrá bajado Dios hasta el hombre; y así se funde en una inmensa aspiracion del alma desterrada en el tiempo, hácia esa region inmortal de la Verdad y del Amor, que sola se le aparece como su lugar de reposo y su patria.

Si seguimos adelante, siempre veremos, de una manera no ménos evidente, una exacta razon entre el arte y las ideas dominantes de su tiempo. Al fin de la Edad Media, el renacimiento de los sistemas y de los estudios de la antigüedad clásica trajo un *renacimiento* análogo de las letras y las artes, cultivadas por los griegos y los romanos. En el siglo diez y siete el triunfo de la monarquía absoluta en Europa y especialmente en Francia, la creciente influencia de la Corte,

hecha á la imágen de esta monarquía, los hábitos autocráticos que en ella reinaban, la decencia, la solemnidad, el decoro de estos hábitos, todo el brillo de la magestad real, en una palabra, se reflejaba en los monumentos del arte y en las obras maestras literarias que nos dejó esta época.

Igual fenómeno se verifica en el siguiente siglo. La elegancia amanerada y rebuscada de la vida y las costumbres se reproduce en el estilo de sus arquitectos, en los cuadros de sus pintores, en los escritos de sus literatos. Las mismas excepciones aparentes, tan solo confirman la regla. Cuales son las ideas, así es el arte, así la literatura. Si reinan las doctrinas de un elevado espiritua ismo en los ánimos, si la idea religiosa y moral, es digna de su nombre, todo se eleva y se ilustra en las obras del art , y los siglos de lo ideal, son los grandes siglos de la historia. Si por el contrario, las opiniones y las costumbres arrastran á una generacion por la pendiente de los sentidos y la materia, todo se rebaja y se corrompe, y obras sin nobleza, sin belleza, sin inspiracion, anuncian pronto que las fuentes de la vida se han secado y que la caida de la idea en las almas, trae consigo infalible

BIBLIOTECA CENTRAL

mente la ruina de las más altas facultades del génio y los funerales del arte.

De lo dicho, fácil es deducir cuál pueda ser la teoría *positivista* de la Bel eza y cuáles serán sus consecuencias. Lógicamente no puede ser aquella más que el *realismo*, mejor dicho, el *materialismo* en el arte; y de hecho, es precisamente, como vamos á verlo, lo que nos enseña Taine, el teórico de la Escuela en materia de estética y de crítica literaria.

misma decadencia. El carácter de los monumentos nos permite reconstruir, mentalmente, la religion, la filosofía, el génio y las costumbres de un pueblo, así como tambien nos revela de antemano, el estado religioso y moral de una nacion ó de una época al arte que brotara de ese medio. Esta ley no admite excepciones. El análisis filosófico nos da su fórmula, y la historia del mundo nos presenta su permanente y rigurosa demostracion.

Por todas partes, en efecto, corresponden los monumentos del arte á la idea que se tenia de Dios, del mundo y del alma humana. En el antiguo Oriente el hombre, en cierto modo, desaparece en la contemplacion del universo. Lo que lo domina es la idea de lo infinito, que lo circunda y lo absorbe; es la fragilidad de la existencia personal, que se pierde en ese infinito. Se opaca el sentimiento de su libertad ante el de su servidumbre, y el absolutismo bajo la forma teocrática ó política, rige su destino. De aquí nace el carácter *hierático*, tradicional é inmóvil de las formas del arte. De aquí esas enormes dimensiones, atrevidas, ilimitadas, por medio de las cuales en sus tripogeos, en sus templos, en sus palacios, en sus pirámides procura simbolizar al infinito de Dios, confundido á sus

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

ojos, con la inmensidad del universo. La imágen de Dios y del hombre se encuentran completas en esos templos que cubren tumbas, y en esa rígidas é inmóbiles estatuas que guardan las avenidas de esos templos.

En la Grecia, por el contrario, lo que constituye el fondo del Heleno, es el sentimiento enérgico de su fuerza, de su libertad, de su personalidad. Ya no desaparece el hombre en el espíritu de Dios ó de la naturaleza. Son Dios y la naturaleza los que se rebajan á las proporciones de la humanidad. Las fuerzas del universo son otras tantas personificaciones, vivas y conscientes, y los dioses del Olimpo nos presentan la imágen del hombre idealizado. El ideal humano, viene así á ser el principio del arte, y las maravillosas creaciones que ha sabido realizar sobre esa tierra privilegiada no son, bien consideradas, más que un apoteósis incomparable del hombre, de su belleza y de su génio. Así se comprende ese no sé qué libre, medido y puro, tan lleno de gracia y de armonía, de encanto y de distincion, que podria denominarse el *aticismo* del arte, y que da á los monumentos del génio helénico, á tantas obras maestras de arquitectura, de escultura y de poesía, salvadas del naufragio del pasado, el sello de tan esquisita perfeccion, que la